

El Principoncio

Víctor Pliego

LOS PERSONAJES de ficción tienen el privilegio de no envejecer nunca. Viven en el Reino de Nunca Jamás, donde el tiempo transcurre sin hacer mella. No hace mucho regresó a la Patagonia el pequeño Príncipe de Antoine de Saint-Exupéry convertido en un joven de la mano de Alejandro Roemmers en una curiosa secuela del cuento original, que aborda la madurez y busca un final feliz (Editorial Planeta, 2011).

Ahora volvemos a encontrarlo sobre un escenario, convertido en un señor mayor. Es la idea que el dramaturgo Roberto Ciulli desarrolla en el Teatro de la Abadía con el genial José Luis Gómez, que tiene 72 años.

La inocencia de aquel niño da paso a la lucidez de quien camina por un paisaje fantástico, entre planetas y personajes, sin perder el candor. Aquel cuento delicioso, repleto de buenas intenciones y de poesía, combina su tono amable con una profunda melancolía que ha impregnado a millones de lectores. Fue escrito y dibujado durante la ocupación nazi, en 1942, como ejercicio contra la depresión por un aviador y reportero que desapareció misteriosamente al año siguiente.

Los tiempos oscuros retornan con toda su furia y la búsqueda de las cosas esenciales, invisibles para los ojos, recobra importancia: la generosidad, la sinceridad, la amistad, el amor... “Lo esencial solo se ve con el corazón”. El niño de la casaca azul ha envejecido y el aviador se ha transformado en una bella joven que interpreta Inma Nieto, y que también da voz a otros personajes. La puesta en escena de Ciulli es austera y evoca, con resonancias circenses, un cuarto de jugar. La pieza nos recuerda que dentro de todos siempre hay un niño y una flor.